

Política y civilización en Roger Scruton

Jorge Soley | Economista y empresario



Imagen: Roger Scruton

Los intereses iniciales de Roger Scruton no fueron principalmente políticos. En un primer momento se decantó por cuestiones de Estética, un gusto que nunca perdería. Una de sus obras de referencia es un estudio sobre Wagner y él mismo compuso dos óperas y diversas piezas musicales, entre ellas unas canciones en las que musicó poemas de García Lorca. Pero precisamente el tomar conciencia de que ese ámbito estético estaba en peligro le llevó también a comprender que debía dirigir sus esfuerzos y atención al ámbito de la política para salvaguardar así todo lo que de valioso tiene nuestra civilización.

Algunos momentos clave de su biografía

Empezaremos haciendo un breve repaso a algunos momentos de su biografía, tarea que considero clave para comprender mejor su pensamiento. Como escribe Enrique García-Máiquez en su panegírico a Scruton, “no será una originalidad partir de unos episodios biográficos para explicitar su filosofía. Él predicó con el ejemplo. Si iba a analizar la caza del zorro en un ensayo..., detallaba con quién (personas, caballos y sabuesos), cuándo, dónde, cómo y por qué comenzó a cazar. Si iba a disertar del vino..., se retrotraía a su familia (en la que no se bebía vino) para coger impulso

hacia la epifanía vitivinícola de su paso por Francia. A menudo, cuando iba a hablar de política... , empezaba recordando la vida de su padre, para luego seguir con la suya”.

Roger Scruton nació en Buslingthorpe, Inglaterra, en febrero de 1944, en el seno de una familia de orígenes humildes de la que él estaba muy orgulloso. Es también García-Máiquez quien señala que cuando fue ennoblecido, “en su flamante escudo de armas, Scruton hizo aparecer caballos y libros. Los caballos fueron su afición más simbólica, por la caballería y la caballerosidad; y los libros, el arma con la que dio hasta el final su batalla de las ideas. En el lema, su apellido se ennoblece en motto y, a la vez, en aforismo filosófico: “Scrutare Semper”, en la estela del “Sapere Aude” de Kant, inspirado en Horacio. Para que no falte de nada, compró una granja con una casa de 250 años y unos 100 acres de finca, que lo convirtieron en *landed gentry* a efectos prácticos”. Lo gracioso del caso es el guiño que encerraba ese “Scrutare Semper”, que no sólo hacía referencia al dictum kantiano, sino que se hacía eco de su apellido, un guiño a su origen, pues éste proviene de la casa señorial Scruton Hall, donde su bisabuela trabajó como criada y que abandonó embarazada. Ella decidió apellidar a su hijo con el nombre de la mansión, un gesto casi dickensiano que remata Scruton al elevarlo a lema filosófico y nobiliario.

El padre de Roger Scruton, Jack, fue un maestro de severas convicciones socialistas. Su vida es un desmentido a los determinismos sociológicos: el abuelo de Roger, alcohólico y violento, saca de la escuela a Jack cuando éste cumple 14 años para que aporte un sueldo a la familia trabajando en el Manchester industrial de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, Jack se enrolará en las fuerzas aéreas, la RAF, durante la Segunda Guerra Mundial, y saldrá cambiado de allí: tras estudiar, se convertirá en maestro y, según explicaba su hijo Roger, vivirá guiado por dos obsesiones. Por un lado, un desprecio hacia las clases altas y acomodadas, por otro un profundo amor por Inglaterra, pero no una Inglaterra abstracta, sino por el paisaje inglés y su campiña. Esta segunda fijación, que no la primera, será transmitida a su hijo Roger, que siempre mostrará interés y amor por el campo inglés y se convertirá en un activo conservacionista. Por cierto, ese amor de Jack por el campo le llevó a

prohibir leer en su casa los libros de Beatrix Potter o Enid Blyton porque consideraba que “polucionaban el campo con sentimientos burgueses”.

Roger Scruton, talentoso estudiante, es un ejemplo de cómo era posible, en su época, que alumnos brillantes de extracción humilde pudieran acceder a las mejores universidades (algo que no mucho tiempo después fue casi eliminado bajo las acusaciones de que promovía la desigualdad y la meritocracia). Así, el joven Roger pudo acceder a becas que le abrieron, contra el criterio paterno que no deseaba que su hijo uniera su destino a una institución que reputaba elitista, las puertas de Cambridge. Cuando Roger, finalmente, da ese paso, su padre le dejará de hablar durante largos años.

En Cambridge, aunque empezó estudiando Químicas, pronto derivó hacia la filosofía en su especialidad de Estética. Una decisión que fue clave en su trayectoria intelectual porque, como señalábamos antes, **estudiando Estética comprendió el sinsentido del relativismo y que existían criterios fijos**, verdades que podemos conocer, así como que existía la tradición. Allí, además, se dio pronto cuenta de que tres rasgos le separaban de sus nuevos compañeros: él no era hijo de una familia acomodada, él no era de izquierdas y él no era homosexual. Como señala García-Máiquez, “esa triple disonancia no fue pasajera. Toda su trayectoria intelectual está simbolizada ahí, tanto por la alta exigencia académica (hablamos de Cambridge), como por la sensación de extrañeza y soledad, que no le entorpecería, en absoluto, reconocer y defender sus posiciones con el desparpajo del que discute con unos condiscípulos”.

Otro momento clave en su trayectoria formativa es su paso por Francia. Allí vivió el Mayo del 68 y, frente a la revolución, se descubrió conservador sin complejos. Lo detalló en una entrevista en *The Guardian* en 2002: “Estaba en el Barrio Latino de París viendo a los estudiantes volcar coches, romper ventanas y lanzar adoquines y por primera vez en mi vida sentí una oleada de indignación política. **De repente me di cuenta de que estaba en el otro bando. Vi una multitud ingobernable de hooligans de clase media encantados de haberse conocido.** Cuando pregunté a mis amigos qué querían, qué intentaban lograr, todo lo que me contestaron fue un centón de perezosos tópicos marxistas. Me irritó y **pensé que**

debía de haber un camino de regreso a la defensa de la civilización occidental. Fue entonces cuando me convertí en conservador: quería conservar las cosas en lugar de derribarlas”.

Tras este crucial paso por Francia, del que se traería un reputado gusto por el buen vino, especialmente de Burdeos, Scruton regresa a Inglaterra, en concreto a la Universidad de Birkbeck, donde fue profesor. En aquella institución, célebre por sus posiciones izquierdistas, se decía que los únicos de derechas eran Scruton y la señora que limpiaba el comedor. Es en esta época cuando publica un libro que influiría decisivamente en el curso de su vida, *Pensadores de la nueva izquierda*, donde disecciona y desmonta a autores como Gramsci, Sartre, Habermas, Foucault, Althusser, Lacan, Deleuze o Said. La reacción fue tan hostil, el ambiente tan irrespirable, que Scruton acabó renunciando a su puesto. El mismo Scruton explicaba que “el libro fue recibido con burla e indignación, y quienes lo reseñaban caían unos sobre otros buscando su oportunidad de escupir sobre el cadáver. Su publicación fue el comienzo del fin de mi carrera universitaria, los críticos plantearon serias dudas sobre mi competencia intelectual y también sobre mi carácter moral”. Scruton experimentó pronto no sólo la crítica intelectual, sino esa acusación de perversidad moral con la que el progresismo quiere zanjar todo debate. Como el propio Scruton explicaba, “una vez que consideran a alguien de derechas, se sitúa más allá de todo razonamiento: sus concepciones son irrelevantes, su reputación queda desacreditada y su presencia en el mundo es visto como un error. No es un contendiente con el que se puede discutir sino una enfermedad que

hay que erradicar. Esta ha sido mi propia experiencia, pero también la de todos los disidentes con los que he tenido contacto”. Con su particular flema, años después escribiría lo siguiente sobre lo vivido en Birkbeck: “Quedé sorprendido por mi éxito. Primero mis colegas me denunciaron, luego lo hicieron mis alumnos, y al cabo de poco casi cualquiera que fuera alguien... **Mereció la pena sacrificar las opciones de convertirse en un miembro del mundo académico británico, un vicerrector o un profesor emérito por el simple alivio de musitar la verdad”.**

Siendo, como decíamos antes, un confeso y desacomplejado conservador, Scruton, no obstante, siempre mantuvo sus propios criterios muy alejados de toda uniformidad de escuela o grupo. Por ejemplo, la publicación de *The meaning of conservatism* en 1980 coincide en el tiempo con la victoria electoral de Margaret Thatcher y en él critica un conservadurismo economicista y con tintes libertarios. En esta época Scruton vive en High Wycombe, un suburbio de Londres, donde asiste en primera persona a la degradación de estos barrios, que pasaron de albergar verdaderas comunidades a convertirse en barrios dormitorio azotados por la delincuencia. Aparecen también en este temprano conservadurismo dos de los conceptos clave del pensamiento de Scruton. Por un lado la *oikofilia*, ese **amor y apego a lo propio** que contrapondrá al autodio, esa *oikofobia* que permea el mundo occidental de nuestros días, por otro el concepto de *stewardship*, la idea de que **no somos dueños sino administradores de lo que recibimos**, un concepto en el que Scruton insistirá mucho cuando desarrolle su visión de un ecologismo conservador.



En 1982 funda con un grupo de conservadores *The Salisbury Review*, que dirigirá durante 18 años y que se convertirá en referente intelectual de un conservadurismo sólido, incómodo y poco dispuesto a plegarse a lo políticamente correcto. El mismo Scruton resume con actitud retadora su paso por la dirección de esta revista de pensamiento: “El puesto me había costado miles de horas de trabajo no retribuido, un horrible asesinato simbólico en *Private Eye*, tres pleitos, dos interrogatorios, un despido, la pérdida de un *cursus honorum* universitario en Gran Bretaña, un sinfín de reseñas negativas, la suspicacia de los tories y el odio de cualquier progresista *come il faut* en todas partes. Y había valido la pena”.

Otra de las experiencias vitales que marcan la vida y el pensamiento de Roger Scruton es su implicación en apoyo a los disidentes anticomunistas en Centroeuropa. Todo parte de la invitación que recibe para dar unas conferencias en Praga, en la Checoslovaquia comunista de los años 1980. El ejemplo de esos disidentes que se jugaban la vida le impresionó mucho y le llevó a involucrarse intensamente en sus actividades, de hecho acabó siendo expulsado del país y se le prohibió regresar a Checoslovaquia. Esta experiencia también, confesaba años más tarde, le fue de gran utilidad para reconocer el lenguaje comunista y tomar conciencia de su infiltración en Occidente: le llamaba la atención cómo los eslóganes de la Checoslovaquia comunista después los encontraba reproducidos en los libros de texto que se estudiaban en Inglaterra.

Su relativa marginalidad en el mundo universitario supone para Scruton no sólo una nueva orientación a su carrera (se convierte en columnista de *The Times* y empieza a publicar libros con mayor regularidad), sino un giro vital que le lleva a comprarse una casa en el campo: la decisión existencial de establecerse en Sunday Hill Farm, en Wiltshire, y después en los alrededores de Malmesbury, marcan el redescubrimiento del entorno rural inglés y están en el origen de su descubrimiento, que le entusiasmaría tanto que le dedicaría un interesante libro, del mundo de la caza del zorro. Scruton lo describe así: “**estaba abandonando el mundo moderno y entrando en el reino de las libertades ancestrales. Y estaba también descubriendo Inglaterra**”.

A partir de su trayectoria personal es más fácil acceder a su visión política. Roger Scruton no era un ideólogo en el sentido de poseer un sistema cerrado, pero sí era una persona de ideas con amplios y variados intereses: en sus más de cincuenta libros abordó múltiples materias. Era también un gran conversador, que hacía uso habitual de la ironía y que, sorprendentemente, escuchaba mucho a sus interlocutores.

Gobierno y libertad, dos caras de una misma moneda

Pero si nos queremos fijar en su visión de la política, podemos empezar por su noción del gobierno y de la libertad que dan forma a la civilización occidental, que Scruton consideraba la única que ha sido capaz de equilibrar y armonizar ambas. Escribe al respecto que “el gobierno es una búsqueda del orden y del poder, pero sólo en la medida en que el poder es requerido por el orden. Este poder está presente en la familia, en las asociaciones libres de vecinos y en los «pequeños pelotones» ensalzados por Edmund Burke en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* y por Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*. Está ahí, en el primer movimiento de afecto y buena voluntad, a partir del cual crecen los lazos de la sociedad. Porque es simplemente la otra cara de la libertad y lo que hace posible la libertad”.

Defensa del mercado y del marco en que florece

En lo que se refiere al ámbito económico Roger Scruton defendía el mercado, que concebía como un sistema social que se autorregula y así es capaz de resistir y sobreponerse a conmociones exógenas. Pero el mercado, para funcionar adecuadamente, necesita de un marco que lo limite y donde pueda florecer: “**necesitamos libertad de empresa, pero también necesitamos el imperio de la ley que la constriñe**”. De aquí se deriva su visión de la intervención del Estado en la economía, pues para Scruton éste siempre tiene un rol que desempeñar, pero más que hacerse cargo directamente de la resolución de los problemas, ese papel “estriba en establecer el marco y promulgar las normas necesarias para que la gente se haga cargo de ellos por sí misma”.

Una de las consecuencias de esta visión fueron sus críticas a las ayudas al desarrollo, que consideraba en gran medida un despilfarro: “la ayuda extranjera es ineficaz sin las instituciones extranjeras y, en concreto, sin Estado de Derecho, seguridad en los contratos y procedimiento parlamentario”.

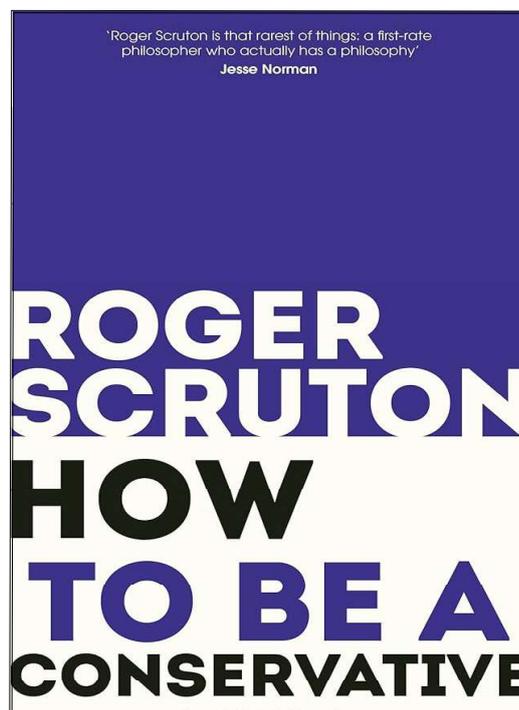
Rechazo del pensamiento utópico

Otro de los rasgos más característicos del pensamiento de Scruton es su carácter marcadamente antiutópico, en defensa siempre de la bondad de que existieran límites y esferas que se limitasen las unas a las otras. Lo expresaba así: **“el fin de la política, no es reorganizar la sociedad conforme a ideales globalizantes como la libertad, la igualdad, o la fraternidad. Es más bien mantener una vigilante resistencia a las fuerzas entrópicas que amenazan nuestro equilibrio social o ecológico.** El fin de la política radica, pues, en legar a las generaciones venideras y, entre tanto, en mantener y perfeccionar un orden del cual no somos sino administradores temporales”. Aparece aquí una concepción conservadora de la política formulada, en palabras del propio Scruton, “en términos de herencia, más que de empresa, de diálogo, más que de imposición y de amistad, más que de persecución de un objetivo común”.

No nos extrañará pues el desagrado con el que veía la política convertida en activismo: “frente a quienes conciben la política como un ejercicio de movilización

de la gente hacia un objetivo, otros la conciben como un instrumento para resolver conflictos y reconciliar intereses que carece de un objetivo global propio... Un gobierno sensato no debe tener otro propósito que reconciliar los intereses de sus ciudadanos tan bien como pueda. Sólo en circunstancias excepcionales debe imponerse la sociedad un objetivo común y las circunstancias excepcionales representan en verdad el final de la política civil... La unión en torno a un objetivo común tiene la desventaja de que generalmente ese objetivo no puede someterse a un examen crítico, de que sus contradicciones y defectos internos deben ser obviados en beneficio de la unidad y de que los críticos son concebidos como enemigos, como esos que no pertenecen y quedan fuera del ámbito de la primera persona del plural”.

De ahí también su desconfianza ante el crecimiento del Estado administrativo, de esa burocracia que no cesa nunca de multiplicarse y que caracteriza nuestra época: “las imposiciones de arriba hacia abajo crean realidades administrativas que toman su presupuesto del producto interior bruto. No en vano la expansión de los gobiernos mediante la creación de comités, comisiones y cargos administrativos ha llevado a la mayor parte de los países europeos a una situación en la que más de la mitad del PIB se reparte entre personas dependientes del Estado”. Consecuentemente, Scruton siempre fue un gran defensor del principio de subsidiariedad.



Contra el igualitarismo

También consideraba Scruton que uno de los grandes males de nuestra época era el igualitarismo, cuando “el objetivo es la completa reorganización de la sociedad para eliminar todo privilegio, toda jerarquía y toda distribución de bienes que no sea equitativa”. En estas pretensiones veía agazapado un totalitarismo que necesita, para conseguir sus objetivos, hacer tábula rasa e imponer una actitud para la que “no hay costumbres, ni instituciones, ni leyes, ni jerarquías, ni tradiciones, ni distinciones, normas o devociones que sean más importantes o puedan imponerse a la igualdad... **Todo lo que no pueda acomodarse a ese objetivo igualitario debe destruirse y construirse de nuevo**”. Algo muy evidente en la utopía socialista y la violencia intrínseca a todos los esfuerzos que se han hecho por imponerla pues, insistía Scruton, “es necesaria una fuerza infinita para que las personas hagan lo que es imposible”.

La político como amistad

Lo que proponía frente a estas tendencias era un conservadurismo de tintes aristotélicos: “para el conservador, **la asociación política se parece a la amistad: no tiene un objetivo concreto, sino que éste va modificándose de acuerdo con la imprevisible lógica de la conversación**”. En consecuencia concebía la tarea de gobierno como un “conducir nuestra vida social de forma que se evite el resentimiento: vivir ayudándonos mutuamente y en comunión, no para que todos seamos iguales y anodinamente mediocres, sino con el fin de lograr la cooperación de los demás en nuestros humildes éxitos. Viviendo así, conformamos vías que canalizan el resentimiento, como la costumbre, el don, la hospitalidad, la religión compartida, el perdón y el derecho común, es decir, todo lo que el totalitarismo destruye cuando llega al poder”.

Localismo y subsidiariedad

Coherente con aquella subsidiariedad que predicaba, Scruton apostó siempre por el localismo, empezando por su propia explotación granjera. Por ello afirmaba que, “en lugar de pretender solucionar los problemas medioambientales y sociales a nivel global, los conservadores se afanan en reafirmar la soberanía

local sobre entornos ya conocidos y administrados. Esto implica defender el derecho de las naciones al autogobierno y la adopción de políticas que casen con las lealtades y las costumbres locales. También implica oponerse a la ubicua inclinación al centralismo de los gobiernos contemporáneos y **exigir la devolución a las comunidades locales de buena parte de los poderes, confiscados por las burocracias centrales**, incluyendo los poderes confiscados por instituciones transnacionales”. Era pues crítico con las organizaciones internacionales, pero nunca idolatró a los gobiernos nacionales, reivindicando una pirámide de responsabilidades políticas que partiera realmente de una base local.

En este sentido insistía en la validez actual de aquellos pequeños *platoons*, pequeñas agrupaciones, de los que hablaba Burke, que son la clave para una sociedad rica en sabiduría: “tales pequeñas agrupaciones son el fuego en el que se forjan las tradiciones. Las tradiciones sociales son formas de conocimiento. Contienen los residuos de muchos ensayos y errores y las soluciones heredadas a problemas que todos nos encontramos. Para Scruton “la sociedad depende de relaciones de afecto y lealtad y estas solo pueden construirse desde abajo mediante interacciones. Es en la familia, en los clubes locales, en el colegio, en la parroquia, en el equipo, en el regimiento o en la universidad donde las personas aprenden a interactuar como seres libres, cada uno haciéndose responsable de sus acciones y rindiendo cuentas ante su prójimo. Cuando la sociedad se organiza desde arriba, ya sea una dictadura revolucionaria o una burocracia inescrutable, la responsabilidad desaparece rápidamente de la política y de la sociedad civil. El gobierno de arriba hacia abajo engendra individuos irresponsables y el secuestro de la sociedad civil por parte del Estado”. Por eso escribió que la filosofía política conservadora que proponía “defiende no sólo la distinción entre sociedad civil y Estado, sino también las tradiciones de las instituciones independientes del poder estatal”.

La importancia de la ley

Esta visión conservadora de Scruton se completa con una atención especial a la importancia de la ley, un ámbito en el que se reconoce deudor de Adam Smith y de Friedrich Hayek. Y si era tan importante, es porque la ley, insistirá Scruton, es más antigua que su promulgación. Es ésta una noción de ley con

tintes netamente ingleses: **“la ley existe, aunque tácitamente, mucho antes de plasmarse en un texto,** y es el juez quien la descubre analizando los conflictos sociales y esclareciendo los presupuestos compartidos que permiten resolverlos. Así se debe entender la naturaleza de la ley según el modelo de la *Common Law* inglesa”.

Esta visión es antídoto también contra cualquier totalitarismo, porque como no se cansaba de repetir, “no se puede emplear el procedimiento basado en la *Common Law* para transformar la naturaleza de la sociedad o para redistribuir la propiedad legítimamente adquirida, ni tampoco para alterar las comprensiones cotidianas o trastocar las expectativas a largo plazo o las relaciones naturales de confianza”.

Insistiendo en esta idea, Scruton afirmará que “mantenemos, con Smith y Hayek, que la ley está enraizada más firmemente en la psique que la legislación y que su objetivo no es imponer un plan concreto o una “moralidad política” independiente de la justicia natural”. Por esto mismo también explicaba que la cuestión de la ley era como el canario en la mina, que avisa de que el aire se está haciendo tóxico: “comprendemos por qué las revoluciones socialistas comienzan siempre aboliendo el Estado de Derecho, y por qué la independencia judicial es un rasgo casi ausente en aquellos Estados que pretenden imponer en la sociedad civil un determinado programa político”.

La civilización occidental

Hemos repasado algunos de los aspectos clave del pensamiento de Roger Scruton que conforman un marco civilizatorio que él reivindicaba como el mejor que se ha dado en la historia de la humanidad. Este marco no aparece de la nada, sino que sólo puede florecer en el marco de una civilización, que en terminología de Toynbee podemos llamar civilización cristiana occidental, la nuestra, construida sobre el legado de Atenas, Jerusalén y Roma. Una civilización que hay que defender porque, escribía Scruton, “todo lo que es valioso está amenazado porque es tan mortal como nosotros, y cuando la gente deja de defender su herencia o la encuentra una carga, entonces se queda sin defensores y empieza a corroerse y a desvanecerse. **A mí me educaron, como a la mayoría de mi generación, en la creencia de que si has heredado algo bueno, no es tuyo para destruirlo, sino que es tu deber transmitirlo**”. Una educación que ya no están recibiendo las generaciones más jóvenes, educadas más que en el agradecimiento por lo recibido en el rechazo de ese legado: “el sistema educativo ya no hace hincapié en lo que distingue a la civilización occidental del resto del mundo y, desde luego, no hace hincapié en lo que podemos valorar en ella. También hay una creciente cultura del repudio entre los profesores, los medios de comunicación y los intelectuales que quieren deshacerse del peso de su herencia sin tener nada con que sustituirla”.

Es lo que calificaba como *oikofobia* (y a lo que oponía la *oikofilia*): “sus síntomas se reconocen al instante –



Imagen: Roger Scruton

escribía- : a saber, la disposición, en cualquier conflicto, a ponerse del lado de “ellos” contra “nosotros” y la necesidad de denigrar las costumbres, la cultura y las instituciones que son identificablemente “nuestras”. **Por ser lo opuesto a la xenofobia propongo llamar a este estado mental *oikofobia*, con lo que quiero decir (estirando un poco el griego) el repudio de la herencia y del hogar.** La *oikofobia* es una etapa por la que normalmente pasan los adolescentes. Pero es una etapa en la que algunas personas –especialmente los intelectuales- tienden a detenerse. Como señaló George Orwell, los intelectuales de izquierdas son especialmente propensos a ella”.

Sir Roger Scruton dedicó su vida a cuidar y engrandecer su herencia y su hogar. No es de extrañar pues su alegría cuando fue galardonado en 2019, poco tiempo antes de su muerte con el título de “Defensor de la Civilización Occidental” por el Intercollegiate Studies Institute (ISI). En el acto de homenaje subsiguiente, recaló que “nuestra civilización occidental no es manía peculiar y estrecha de quienes viven en un determinado lugar geográfico del mundo. Es una herencia, en constante expansión, que incluye continuamente cosas nuevas”. Frente a la cultura de la sospecha y el repudio, Scruton sostenía que su filosofía era una filosofía de la afirmación, de la proclamación de la bondad de nuestra civilización.

Acabará rememorando algunos sucesos ocurridos durante los meses previos a su muerte. Poco antes de que se declarase el cáncer que acabó con su vida había sido nombrado por el gobierno británico responsable de la Comisión sobre arquitectura y urbanismo “Building Better Building Beautiful”, un cargo no retribuido pero con cierta influencia. A raíz de una entrevista publicada en *The New Stateman*, una publicación de izquierdas, fue acusado de xenofobia hacia chinos y musulmanes. Se desató la tormenta, con numerosos periodistas, políticos, intelectuales e instituciones, entre ellas el “Royal Institute of British Architects”, pidiendo su cabeza, que fue entregada por el ministro de vivienda tory. Algunos amigos no se plegaron a esta ofensiva canceladora y no sólo salieron a defenderle, sino que uno de ellos, Douglas Murray, lanzó una campaña de defensa de Scruton, a la que se sumaron numerosos intelectuales e instituciones de todo el mundo. Murray, además, consiguió los audios de aquella entrevista, que demostraban que el periodista había recortado impudicamente las declaraciones de

Scruton para presentarlo como lo que no era. Aquella burda manipulación quedó en evidencia y *The New Statement* se vio obligado a pedir disculpas. Poco después se declararía el cáncer que se lo llevaría el 12 de enero de 2020. En diciembre de 2019 escribía en *The Spectator* unas palabras que creo que reflejan muy bien cuál fue la actitud vital de Sir Roger Scruton y que encierran una valiosa lección para nosotros: “durante este año [2019] me han arrebatado muchas cosas: mi reputación, mi prestigio como intelectual público, mi posición en el movimiento conservador, mi paz de ánimo, mi salud. Pero me ha sido devuelto mucho más: la generosa defensa de Douglas Murray, de los amigos que le apoyaron, el reumatólogo que me salvó la vida y el médico a cuyo cuidado estoy ahora. Hundido hasta lo más bajo en mi propio país, he sido elevado a lo más alto en otros lugares, y al repasar la secuencia de los acontecimientos sólo puedo alegrarme de haber vivido lo suficiente para ver cómo esto sucedía. **Cuando te acercas a la muerte empiezas a saber lo que significa la vida, y lo que significa es gratitud**”.

Y es que, como escribió Daniel J. Mahoney en *The New Criterion*, Roger Scruton “estaba agradecido a Murray y a sus otros amigos que acudieron en su defensa. Estaba agradecido a los médicos que le atendieron durante su enfermedad. Y estaba agradecido a todos los que, en todo el mundo, se unieron en su defensa, incluso cuando fue amargamente e injustamente difamado en la Gran Bretaña que amaba. Pero sobre todo estaba agradecido por el don de la vida, cuya bondad la muerte inminente revela con toda claridad. Y por último, sospecho que estaba agradecido al Altísimo por tener el privilegio de vivir como una persona encarnada en un mundo donde la confianza, la fidelidad, la amistad y la belleza son grandes dones y no ilusiones pasajeras e infundadas como nuestros sofisticados intelectuales afirman tan dogmática y falsamente”.

Nosotros, hoy, también estamos agradecidos por el don de haber podido conocer, escuchar y leer a Sir Roger Scruton.

Cronología

1944: Nace en Buslingthorpe, Lincolnshire, Inglaterra.

1954-1962: Cursa estudios en la Royal Grammar School High Wycombe

1962-1969: Estudia en el Jesus College de Cambridge, donde se gradúa con un doble título en Ciencias Morales y Filosofía.

1968: Es testigo personal de la revolución de Mayo de 1968 en Francia. Allí conocerá a su primera mujer, Danielle Laffitte.

1971-1992: Profesor de Estética en Birkbeck College, Londres.

1972: Defiende en Cambridge su tesis doctoral, *Art and imagination, a study in the philosophy of mind*, dirigida por Michael Tanner y Elizabeth Anscombe.

1974-1976: Estudios de Derecho en Inns of Court School of Law.

1980: Publica *The Meaning of Conservatism*.

1982-2001: Funda y dirige *The Salisbury Review*.

1983-1986: Escribe una columna seminal en *The Times*.

1985: Es detenido en Brno y expulsado de la

República Checa.

1986: Publica *Thinkers of the New Left*.

1987-2004: Fundador y Director de *Claridge Press Ltd*.

1992-95: Profesor de Filosofía en Boston College

1997: Contrae segundas nupcias con Sophie Jeffreys, con quien tiene dos hijos: Sam, nacido en 1998, y Lucy, nacida en 2000.

1997: Doctor Honoris Causa por la Universidad Masaryk, Brno, República Checa.

1998: Publica *On Hunting*.

1998: El presidente de la República Checa, Václav Havel, la condecora con la Medalla al mérito de la República Checa.

2001: Publica *England: an Elegy*.

2002: Publica *The West and the Rest*.

2006: Profesor visitante en el Programa James Madison, Universidad de Princeton, Estados Unidos.

2007: Medalla de Oro al apoyo de la cultura y las artes del Ministerio de Cultura polaco.

2009: Publica *I Drink Therefore I am*.



Imagen: Roger Scruton

Desde 2009: Profesor visitante del Departamento de Filosofía en Blackfriars Hall, Oxford.

2010: Publica *The Uses of Pessimism*.

Desde 2011: Profesor visitante de la Escuela de Estudios Filosóficos, Antropológicos y Cinematográficos de la Universidad de St Andrews.

2012: Doctor Honoris Causa por Hillsdale College, Michigan, Estados Unidos.

2012: Publica *Green Philosophy*.

2014: Publica *How to be a Conservative*.

Desde 2015: Profesor visitante de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Buckingham.

2016: Es ennoblecido por la reina Isabel II, que le otorga el título de “Sir”.

2016: Publica *The Ring of Truth. The Wisdom of Wagner's Ring of the Nibelung*.

2018: Orden del Mérito de la República de Polonia.

2018: Publica *Conservatism: An Invitation to the Great Tradition*.

2019: Medalla de plata del Senado del Parlamento checo, Cruz de Comendador con la Estrella de la Orden del Mérito de Hungría y galardón “Defensor de la Civilización Occidental” del Intercollegiate Studies Institute, Estados Unidos.

2020: Fallece el 12 de enero.

Para saber más

Usos del pesimismo: El peligro de la falsa esperanza, Ariel, 2010

Pensadores de la Nueva Izquierda, Rialp, 2017.

Cómo ser conservador, Homo Legens, 2018.

El anillo de la verdad: La sabiduría de «El anillo del Nibelungo», de Richard Wagner, El Acanalado, 2019.

Filosofía verde, Homo Legens, 2021.

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.